

CAPÍTULO LXIV.

Donde Colon, despues de saber la catástrofe de la fortaleza de la Navidad, duda de Guacanajari y se convence de su amistad.



ENTRE los tripulantes del bote iba el paje de Colon, en quien ya hemos reconocido á Isabel Monteagudo.

Se desembarcó con los demas, y uno que habia estado ántes en Haiti se dirigió á la fortaleza.

Todos quedaron consternados en presencia del espectáculo que se apareció á sus ojos.

El fuerte era un monton de ruinas.

Todo indicaba que los habitantes de la fortaleza habian sido atacados, sitiados y destruidos.

Dirigieron la vista en torno suyo para ver si descubrian algunos indios, y no hallaron ninguno.

Dos de ellos, sin embargo, por órden de Guacanajari, los espianaban desde cierta distancia ocultos entre los árboles.

Descubiertos al fin, se encaminaron hácia ellos los españoles, pero los indios huyeron despavoridos.

Removiendo la tierra y los escombros, hallaron algunos cadáveres horriblemente mutilados.

Isabel vió en la crispada mano de uno de ellos un fragmento de papel, y á pesar de su debilidad femenil, impulsada por un secreto movimiento, lo arrebató de sus manos.

En él pudo leer:

«Morimos víctimas de una horrible traicion de Alon....»

El pedazo de papel en donde habia sido escrito el resto de aquel nombre faltaba.

Isabel lo adivinó.

Pero lo guardó cuidadosamente, sin dar cuenta á sus compañeros del hallazgo.

Otro de ellos encontró un pedazo de papel en donde se leia:

«....so Velez de Guzman.»

Era el resto del que Isabel habia encontrado.

Con estas noticias, y con aquel fragmento de papel, volvieron los tripulantes á la carabela capitana á dar cuenta á Colon del triste resultado de sus exploraciones.

No atreviéndose á dar crédito á tantas desventuras, él mismo, seguido de su estado mayor, dejó la escuadra en el puerto, y en los botes se dirigió con los demas á la orilla.

Desgraciadamente era cierta la muerte de sus hermanos, de sus amigos.

Pero, ¿á manos de quién habian perecido?

¿Serian verídicas las noticias que acerca de su mala conducta le habian dado?

Mandó de nuevo disparar los arcabuces, para que si sobrevivian algunos, al oír los disparos, acudiesen á darle cuenta de lo que sucedia.

El papel que le habian presentado le hizo pensar.

Allí se hablaba sin duda alguna de Alonso Velez, del navegante que habia desertado en los últimos momentos.

¿Era él la causa de todo?

¿Vivia aún?

¿Qué significaba aquello?

Todo eran dudas para Colon.

—Estad seguro, le dijeron algunos, de que ese rey á quien creéis tan amigo nos ha vendido.

—Si le conocierais como yo, no pensaríais del mismo modo.

—Todo al ménos indica que sabe lo ocurrido y teme vuestra presencia.

—¿No habeis oido decir que tambien él ha sido víctima y que está herido? Ved los bosques: el fuego los ha talado. ¿Por qué no creer que algun enemigo suyo, aprovechando nuestra ausencia, se ha revelado contra él, y que nuestros hermanos han sufrido tan triste suerte por defenderle?

Colon queria conservar la esperanza que le inspiraba la amistad de Guacanajari.

Antes de partir habia dado orden á Arana y á los demas que le acompañaban para que, en caso de peligro, enterrasen el oro que tuvieran en un pozo que habian cavado dentro de la misma fortaleza.

Para ver si habian cumplido sus órdenes y tenia un nuevo indicio, mandó hacer excavaciones, dispuso que se desaguara el pozo, y miéntras tanto envió algunos botes á explorar los alrededores, tanto con el objeto de que averiguaran si existia aun alguno de los que habian quedado en la fortaleza, como para que buscasen un terreno á propósito para levantar otro fuerte.

Los habitantes de las chozas habian huido, llevándose consigo cuantos objetos tenian; pero en algunas de ellas encontraron piezas de ropa de los europeos, armas y otros objetos de su uso.

Mandó á sus emisarios que si encontraban algunos indios les tratasen muy bien, les ofreciesen regalos y que les diesen á entender que volvian animados de los mejores deseos en su favor.

Dispuso ademas que uno de los capitanes, Melchor Maldonado, fuera en su carabela á recorrer la costa oriental, y miéntras tanto regresó Colon con los suyos á su navío, muy abatido y sin saber al pronto qué resolucion tomaria en vista de aquellos sucesos.

A la caída de la tarde los que iban en los botes vieron algunos indios, y haciéndoles señales amistosas lograron que se acercaran, y les dieron algunas noticias que estaban contestes con las que les habian dado los que fueron en las canoas á buscar al almirante la misma noche en que llegaron á la vista del puerto de la Navidad.

Otra carabela tripulada por dos indios salió al encuentro de la tripulada por Maldonado.

Le dijeron que iban de parte de Guacanajari para anunciarle que fuera á visitarle al paraje donde estaba enfermo.

Maldonado, que era audaz y deseaba á toda costa complacer á Colon, desembarcó con dos ó tres en la misma canoa de los indios, fué á tierra y ellos le condujeron hasta la estancia donde Guacanajari se encontraba muellemente recostado en su hamaca.

Maldonado recibió los mayores agasajos del rey, el cual pareció lamentarse profundamente de la desgracia de los españoles, dándoles á entender que habia hecho lo posible para defenderlos.

Al mismo tiempo le mostró la herida que tenia en un pié, lamentándose de aquella causa que le retenia en el lecho impidiéndole ir á visitar al almirante, á quien deseaba ver.

—Pedidle en nombre mio que venga, que venga pronto, deseo hablarle, deseo que conozca mi sinceridad.

Maldonado partió prometiéndole que el almirante iria y Guacanajari dispuso que se diesen á los europeos que estaban allí varias piezas de oro.

El capitán regresó aquella misma noche con su carabela al punto que ocupaba la escuadra, manifestó á Colon el resultado de su entrevista con Guacanajari; y coincidiendo las noticias que trajo con las que le habian dado ántes los que habian salido en los botes á explorar la costa, resolvió el almirante

ir al día siguiente con el doctor Chanca, médico de la armada y con lo más brillante de su séquito, á visitar al rey de Haiti.

Convenia á su propósito hacer ostentacion en su presencia de las numerosas fuerzas que entónces llevaba, y al efecto dispuso que le siguieran todos los oficiales superiores vestidos con sus ricas armaduras, gran número de soldados y todos sus pajes y servidumbre con espléndidos atavíos.

La comitiva encontró al paso gran número de indios.

Por lo visto habia cesado su incertidumbre, su temor; talvez Guacanajari les habia dado á entender que Colon iba á verlos amistosamente, y el deseo de obtener su perdon en unos, en otros la curiosidad por ver el espectáculo que ofrecian á sus ojos aquellos guerreros, ver aquellas carabelas mucho más numerosas y de mayor porte, les hacia acudir á saludar á los europeos, ofreciéndoles cada cual lo que tenian: loros, objetos de algodón, y algunos, los más ricos, fragmentos de oro.

Guacanajari, que al dolor que experimentaba por la derrota que habia sufrido en su lucha con Caonabo y los demas caciques del Cibao, unia el profundo temor que despertaba en él la idea de que Colon le exigiese cuenta por haber faltado al juramento que le habia hecho, y lo que aun era más triste y angustioso para su corazon, la pérdida de aquel tesoro inestimable, la imágen de la Virgen, que una mano traidora le habia arrebatado.

Cuantos esfuerzos hizo para saber dónde habian ocultado su tesoro habian sido inútiles.

Su derrota, su desdicha, la atribuia á la desaparicion de aquella adorada imágen, que era su númen tutelar.

Pero al saber por Maldonado que los europeos habian creído las noticias que les habian dado los indios que habian lle-

gado hasta las embarcaciones por órden suya; al saber que Colon, léjos de desear vengarse de él, se habia condolido de su suerte y se aprestaba á visitarle, dió tregua á sus pesares y recibió con verdadera alegría al hijo de los cielos, á su protector, á su amigo.

Recostado sobre la imperial hamaca, rodeado de su servidumbre, hizo los mayores esfuerzos para levantarse al ver á Colon, majestuoso como siempre, avanzar al frente de los suyos hasta la régia choza que le cobijaba.

Colon, ántes de dirigirle la palabra, le miró atentamente y vió que resbalaron por sus mejillas algunas lágrimas.

—No, no es traidor, se dijo, es víctima sin duda como mis desgraciados compañeros.

Y acercándose á él le tendió su mano, que el rey de Haiti besó con veneracion y cariño.

Su llegada fué saludada por los indios con músicas de las que ellos empleaban en las grandes solemnidades.

Diego, el indio de Guanahani que le servia de intérprete, y que tan adicto era á Colon, preguntó á Guacanajari en nombre de su amo la verdad acerca de la suerte que habian sufrido los españoles.

Guacanajari refirió todo lo que habia ocurrido, todo lo que en los capítulos anteriores han visto mis lectores.

—Rey Guacanajari, dijo Colon despues de oír su relato, tú has sido bueno, tú has cumplido tus juramentos hasta el último instante, has derramado tu sangre y la de tus vasallos en defensa de mis hermanos, has cumplido como leal y como valiente, pero la fortuna te ha abandonado y has caido en los brazos de la desgracia; no es mi encono, sino mi proteccion lo que mereces. Yo te vengaré de tus enemigos. Caonabo y sus guerreros no volverán á sentar la planta sobre tu territorio; yo te defenderé de ellos, yo les venceré, yo les castigaré.

Estas palabras, traducidas literalmente por el intérprete, produjeron una inmensa alegría en todos los circunstantes.

Los butios avanzaban lentamente hacia el sitio donde estaba Colon, y le presentaron en nombre de su rey y señor, Guacanajari, una corona de oro que durante su ausencia y por orden suya habian fabricado los indios más hábiles para ofrecérsela.

Como si esto no fuera bastante le presentaron además gran número de barras del mismo metal, y ochocientas piedras sagradas de las que llamaban cibas, y además tres calabazas pequeñas llenas de polvo de oro.

Colon por su parte hizo que sus pajes ofreciesen á Guacanajari cuentas de vidrio, cascabeles, agujas, alfileres, navajas, espejos pequeños, lentejuelas y otros adornos de cobre, metal que los indios preferian al oro.

A primera vista cualquiera pensaria que los indios eran los engañados.

Y, sin embargo, más dignos de invidia eran aquellos infelices que no conocian el valor del oro, que los que atravesaban tantas leguas de mar y desafiaban las iras del Océano para buscar con tanta codicia lo que casi con desprecio les ofrecian los indios.

Después de verificarse aquellos cambios:

—Ahora lo que más deseo, dijo Colon, es vuestra salud, y para que la recupereis va á examinar vuestra herida el médico de la armada.

La herida del soberano de Haiti habia sido producida en el muslo izquierdo por una flecha.

Guacanajari consintió en que la examinase el doctor Chanca, y al quitarle los vendajes que llevaba no halló el doctor síntomas graves, por más que al tocarle en ella se estremeciese, dando á entender que sufría mucho.

Al lado de Colon estaba el padre Boil, uno de los misioneros que le habian acompañado en la expedicion, hombre en extremo meticulado, que, sin saber por qué, habia formado mala idea de los indios.

Pensó que la enfermedad del rey era una farsa, tal vez un lazo que iba á tenderles, y formó una opinion que dió lugar á grandes disidencias entre los europeos.

El doctor se comprometió á curarle en breves dias, y Colon le anunció que en cuanto estuviese bueno iria á buscarle para que con aquellos de sus vasallos que designara, fuera á visitar las embarcaciones que estaban en el puerto.

Esta visita convenia muchísimo á sus planes.

Guacanajari quiso que se hospedaran los españoles en la isla.

Pero Colon, á pesar de que no tenia recelo alguno, prefirió permanecer con los suyos en la carabela hasta cerciorarse por completo de todo lo que habia pasado y adoptar las medidas necesarias para castigar á los culpables y captarse de nuevo la voluntad y el afecto de los inocentes.

Aquella noche estalló á bordo, si no una conjuracion, por lo ménos un partido que se oponia por completo á la política conciliadora que Colon estaba resuelto á plantear en la isla de Haiti.

Vamos á ver lo que pasó.